

RESEÑA

Se puede hacer que las cenizas hablen

Sobre *Me hablarás del fuego. Los hornos de la infamia*, de Javier Osuna, Ediciones B, Bogotá: 2015.

Mauricio Díaz Calderón

maodi3@gmail.com

Comunicador Social

Magister en Estudios Culturales

El 5 de septiembre de 2015, a pocos minutos de la medianoche, recibí un mensaje vía *whatsapp*: “Jóvenes, mañana a las siete iniciaremos un recorrido con policía y ejército a los hornos. El orden público no es el mejor y yo no quería acostarme sin decirles que los quiero mucho [...] Seguro todo saldrá bien, pero no me perdonaría no haberles escrito en caso de que las cosas salgan mal”. El mensaje, escrito por Javier Osuna, compañero de trabajo y entrañable amigo desde hace muchos años, no podía ser más estremecedor. A pesar de las advertencias que le hicimos sus amigos más cercanos, Javier había viajado la noche anterior a Cúcuta con el firme objetivo de transportarse a los hornos crematorios que construyó el grupo paramilitar Frente Fronteras en el corregimiento de Juan Frío, y así evidenciar con sus propios ojos ese lugar en el que fueron incineradas más de 560 personas y sobre las que llevaba investigando por cerca de tres años. El temor nuestro —de amigos y familiares— no era para menos, pues ya hacía poco más de un año que un grupo de

desconocidos ingresó a su apartamento e incineró dos computadores que albergaban gran parte de la investigación. Desde entonces Javier, a causa de permanentes amenazas, contaba con un acompañamiento de la Unidad Nacional de Protección. Era simple, debido a sus indagaciones sobre los hornos crematorios que había ordenado construir en 2001 el jefe paramilitar Jorge Iván Laverde, Javier ingresó en agosto de 2014 a la deshonrosa lista de decenas de periodistas que son amenazados en el país a causa de su labor profesional. Ese viaje a Juan Frío era prácticamente caminar a la boca del lobo.

Esa mañana del 6 de septiembre, gracias al acompañamiento que le prestó la fuerza policial de Cúcuta, Javier pudo recorrer por unos pocos minutos ese lugar donde aún se encuentran rezagos de la ladrillera en la que fueron incineradas centenares de personas. Tomó muchas fotos: de los ladrillos desteñidos, de las zanjas profundas, de las cenizas amontonadas, de los restos de ropa aún incrustados en las paredes. Fueron muchas fotos, pero quizás no la cantidad que esperaba, pues como él mismo cuenta, debió salir “como alma que lleva el viento, azuzados por un grupo de 6 hombres que nos perseguían en moto” (p. 285). Con aquella visita al horno, Javier sintió que finalmente su investigación podía cerrarse, que estaba más cercano a las tres historias de vida que había recopilado durante estos tres años, que finalmente *Me hablarás del fuego, los hornos de la infamia*, estaba completo.

No son detalles menores el partir desde estas anécdotas para tratar de comprender lo que representa este libro, pues uno supondría que una persona que ha visto de primera mano los espacios donde se perpetraron estas masacres, que ha tenido la oportunidad de oír de viva voz los duros testimonios de los familiares víctimas de desaparición forzada, que ha sido víctima directa de intimidaciones y atentados, no tiene sino una posibilidad: escribir desde la indignación, desde el rencor. Pero no es así, desde el comienzo Javier baja la guardia y plantea un libro escrito sin odio, que busca trascender



más allá del horror y proponer nuevas perspectivas de análisis. Esta es quizás la principal cualidad y lo que lo hace tan particular, pues es ciertamente un riguroso testimonio periodístico que tiene todos los géneros (reportaje, entrevista, perfil, análisis), pero que está fuertemente acompañado de un cuerpo teórico brindado por las ciencias sociales.

Javier inició en 2013 la maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, de la Universidad Distrital. Cuando entró, sabía que quería escribir sobre esas víctimas del fuego de las que había oído hablar cuando ejercía como periodista en el portal especializado Verdad Abierta; pero no sabía cómo hacerlo, no sabía qué era lo que quería escribir. Fue allí, en la academia, donde encontró el tono y una serie de posturas y analogías que le permitía comprender el fenómeno de los hornos crematorios más allá de un trabajo periodístico, como una nueva forma de construir memoria, una forma de narrar con el objetivo de que un suceso como este, no se vuelva a repetir.

Dice Javier en su libro que “no se puede desaparecer a un humano, pues es parte del paisaje”. Esta frase, que a primer ojo no parece trascender más allá de lo poético, se convierte en una de las principales premisas a lo largo de las 295 páginas de esta investigación. Ese concepto de paisaje es propuesto por el geógrafo y orientalista francés Augustin Berque, quien plantea que “el paisaje no está en la mirada sobre los objetos, está en la realidad de las cosas, es decir, en la relación que establecemos con nuestro entorno” (2015, p. 30). El autor se refiere, básicamente, a que son nuestros pensamientos, nuestra relación con esos objetos y entorno, los que constituyen la relación que tenemos con éste. Bajo esta premisa, Javier quiere releer el paisaje de algunas víctimas de ese horno de Juan Frío; quiere, por medio de la palabra, hacerlos visibles.

El libro está dividido en cinco capítulos; el primero de ellos sintetiza la relevancia del geógrafo francés en este trabajo y plantea la ruta de los cuatro

siguientes, los cuales corresponden a los niveles de vida que Berque identifica en el paisaje: la sociedad, la naturaleza y el espectador. El quinto capítulo, que Osuna quiere introducir a la trilogía de Berque, se llama *Lo invisible*, y es su propuesta específica para homenajear, mediante una narrativa novedosa, las historias de vida de Luis, Víctor y Moisés, tres víctimas constatadas de los hornos.

La estructura que plantea Javier no es común, pues si bien está definida bajo unos parámetros conceptuales, está escrita bajo diferentes modos narrativos. Así, en un mismo capítulo podemos hallar un reportaje, un informe investigativo y una entrevista de pregunta/respuesta. En el capítulo de *La sociedad*, por ejemplo, el autor hace un recorrido por el origen de estos hornos, una reflexión por las condiciones políticas y sociales que permitieron que esos espacios, con el aval de fiscales, ejército, policías y miembros del DAS, se instauraran a unos cuantos minutos de una ciudad capital de departamento como es Cúcuta. Allí, también conocemos el drama de John Jairo Jácome, un periodista que Osuna define como parresiata, acuñando un concepto que usa Foucault para referirse a aquellas personas que exponen la verdad a pesar de sus consecuencias. Pero, además, incluye la voz de los victimarios. Lo más llamativo de este capítulo es cuando encontramos una extensa entrevista de *El responsable del fuego*, de Iván Laverde Zapata, primer comandante paramilitar que confesó el uso de los hornos crematorios. En esta entrevista —cuando Javier narra lo que significó tener frente a sus ojos al perpetrador de este acto inhumano y, además, principal sospechoso de ser el causante de las intimidaciones a las que fue sometido durante toda esta investigación—, se evidencia la complejidad de la apuesta que hace el autor, una apuesta que no juzga y permite recordar que, en últimas, Laverde termina siendo también una víctima de un sistema social que permite que un niño ayudante de bus se convierta en uno de los líderes paramilitares más temidos.

Pero es en el capítulo de *Lo invisible* donde Osuna termina arriesgándose más en términos narrativos. Pero no es un riesgo injustificado sino, por el contrario, minuciosamente reflexionado con el objetivo de pensar cuál sería la mejor manera de recrear las historias de vida de Víctor, Moisés y Luis, de quienes tanto le había costado investigar. “Nunca me ha gustado el término desaparecido [...]. El desaparecido no eligió su destino, fue suprimido por otros del paisaje de la vida. No está muerto, está ausente. Permanece vivo en la memoria de sus seres queridos” (Osuna, 2015, p. 210). Bajo esta premisa, Osuna es consciente de que ellos aún viven en los recuerdos de la madres, hermanos y parejas; en sus pertenencias, en sus cuartos aún intactos. Por esta razón, las historias son contadas desde la primera persona, son contadas por Luis, por Víctor y por Moisés; son ellos quienes en una polifonía de voces (las de sus madres, hermanos y parejas), nos cuentan sobre sus gustos, alegrías, tristezas y preocupaciones. Es este capítulo el que termina cerrando esa propuesta que pretende que no olvidemos, que detrás de cada víctima de desaparición forzada hay una historia, hay un sujeto que no puede desaparecerse tan fácilmente del paisaje, pues está preservado, y el fuego no alcanza a tener ese poder de extinguirlo.

Es difícil saber el libro que habría escrito Javier de no haber perdido tanta información aquella mañana en que incineraron sus computadores; pero, quizás, ese infortunado suceso es lo que termina haciendo que este libro sea tan conmovedor, porque, como reiteré al inicio, en cada historia, cada testimonio, cada página, evidencia que es un libro escrito sin resentimientos. Como bien lo dice el poeta chileno Raúl Zurita, prologuista del libro:

desde lo más atroz e inconsolable del crimen y de la crueldad, Javier Osuna ha escrito un libro dolorosamente magistral, de una extraña y emocionada belleza que arranca, creo, del hecho de que no contiene odio, está el espanto, el horror, la conmoción, pero no el odio (p. 16).

En todo caso, *Me hablarás del fuego, los hornos de la infamia*, es un libro que entra a contar una parte de la oscura historia de Colombia, pero ojo, porque es una historia que aún prevalece y que debemos hacer lo posible para no repetir.

Referencias

- Berque, A. (2009). *El pensamiento paisajero*. Madrid: Biblioteca Nueva, S.L.
- Osuna, J. (2015). *Me hablarás del fuego, los hornos de la infamia*. Bogotá: Ediciones B.